



COLECCIÓN

ORELLANA

COLEÇÃO

# Gustavo Adolfo Bécquer

Leyendas



Lendas

EDIÇÃO BILÍNGUE

SELEÇÃO E ESTUDO INTRODUTÓRIO

ANTONIO R. ESTEVES

TRADUÇÃO

ANTONIO R. ESTEVES

(com a colaboração de Néelson A. Kakitani e Edson A. Locoman)



EMBAJADA  
DE ESPAÑA  
EN BRASÍLIA

CONSEJERÍA  
DE EDUCACIÓN

Colección Orellana  N° 17  Coleção Orellana

2005

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN  
José Antonio Pérez Gutiérrez

B181r Bécquer, Gustavo Adolfo  
Leyendas – Lendas / Gustavo Adolfo Bécquer ; seleção,  
estudo introdutório e tradução, Antonio Roberto Esteves  
(com a colaboração de Nelson A. Kakitani e Edson A.  
Locoman).– Brasília : Embajada de España. Consejería de  
Educación, 2005.  
280 p. (Colección Orellana, 17 : Coleção Orellana)

1. Literatura, Espanha 2. Narrativa espanhola I. Título  
II. Esteves, Antonio Roberto III Série

CDU 821.134.2 (60)  
CDD 862F



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CIENCIA

© EDITA: SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA. SUBDIRECCIÓN GENERAL DE INFORMACIÓN Y PUBLICACIONES

EMBAJADA DE ESPAÑA EN BRASIL – CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CIENCIA

NIPO: 651-05-314-7  
ISBN: 85-7062-503-0

Impresión: THESAURUS EDITORA DE BRASÍLIA  
Ilustraciones:

Estas palavras como diretor da Coleção para saudar um novo volume da Orellana são palavras de agradecimento e de reflexão sobre o trabalho realizado. Logo no número 12, *Poetas do Século de Ouro Espanhol*, no ano de 2000, tive a imensa sorte e honra de co-dirigir aquela bela edição com o amigo Manuel Morillo Caballero. Até hoje, outubro de 2005, nasceram meia dúzia de livros que tive o prazer de acompanhar. Considero, assim, ter atingido o objetivo de dar continuidade a uma Coleção que soube servir de canal e referência para um público brasileiro, que, através da fórmula bilíngüe, teve acesso a obras-primas da literatura em língua castelhana ou espanhola. Neste período lutamos em prol de fazer perdurar no tempo a própria Coleção e, para mim, constitui uma enorme alegria o fato de esta última publicação, que agora vem à luz, ser as *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer.

Agradeço, mais uma vez, ao também amigo José Jeronymo Rivera por ter expressado o desejo de que fosse eu o apresentador de sua tradução das *Rimas* de Bécquer (Orellana, 14:2001). Logo depois o reconhecimento já se fez ver: a UBE, União Brasileira de Escritores, entregou ao tradutor, em ato solene no Centro Cultural da Academia Brasileira de Letras, o Prêmio Joaquim Norberto de tradução de poesia.

Apesar do excelente Estudo Introdutório de Antonio R. Esteves, um luxo como crítico e tradutor, caio na tentação de falar da obra *Leyendas* de Bécquer.

## LOS OJOS VERDES

(LEYENDA)

Hace mucho tiempo que tenía ganas de escribir cualquier cosa con este título. Hoy, que se me ha presentado ocasión, lo he puesto con letras grandes en la primera cuartilla de papel, y luego he dejado a capricho volar la pluma.

Yo creo que he visto unos ojos como los que he pintado en esta leyenda. No sé si en sueños, pero yo los he visto. De seguro no los podré describir tal cual ellos eran: luminosos, transparentes como las gotas de la lluvia que se resbalan sobre las hojas de los árboles después de una tempestad de verano. De todos modos, cuento con la imaginación de mis lectores para hacerme comprender en este que pudiéramos llamar boceto de un cuadro que pintaré algún día.

### I

—Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de

## OS OLHOS VERDES\*

(LENDAS)

Há muito tempo que eu tinha vontade de escrever qualquer coisa com este título. Hoje, que surgiu a ocasião, coloquei-o em letras bem grandes na primeira página e deixei, em seguida, a pluma voar, a seu bel prazer.

Creio que vi uns olhos iguais aos que desenhei nesta lenda. Não sei se foi em sonho, mas estou certo que os vi. É bem verdade que não poderei descrevê-los exatamente como eram: luminosos, transparentes como as gotas da chuva que resvalavam sobre as folhas das árvores depois de uma tempestade de verão. De todos os modos, conto com a imaginação de meus leitores para fazer-me compreender melhor neste que poderíamos chamar de esboço de quadro que pretendo pintar algum dia.

### I

—O cervo está ferido. Está ferido, não há dúvidas. Pode se ver o rastro de sangue entre as sarças do bosque e ao saltar uma dessas

---

\* Tradução de Antonio R. Esteves (com a colaboração de Edson A. Locoman)

esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados, y hundidle a los corceles una cuarta de hierro en los ijares: ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortar el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas, jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

—¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! —gritó Íñigo entonces—. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles dejaron refunfuñando la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

—¿Qué haces? —exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos—. ¿Qué haces, imbécil? Ves que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque. ¿Crees acaso que he vertido a matar ciervos para festines de lobos?

aroeiras-da-praia suas pernas enfraqueceram. Nosso jovem senhor começa por onde muitos terminam. Em quarenta anos como mateiro, nunca tinha visto um golpe melhor. Mas, por amor de São Saturio, padroeiro de Sória, cortem seu caminho naquele carrascal! Aticem os cães! Soprem essas cornetas até sair o fígado! Metam as esporas nesses cavalos. Vocês não estão vendo que ele está indo em direção da fonte dos Álamos e se conseguir chegar lá antes de morrer podemos dá-lo por perdido?

Os vales do Moncayo repetiram, de eco em eco, o bramido das trombetas; o latido da matilha solta e os gritos dos pajens ressoaram com uma fúria nova. Um confuso tropel de homens, de cavalos e de cães dirigiu-se para o ponto que Íñigo, o mateiro-chefe dos marqueses de Almenar, assinalou como mais apropriado para cortar o passo da caça em fuga.

No entanto, tudo foi em vão. Quando o mais rápido dos cães lebréus chegou ao carrascal, ofegante e com o focinho coberto de espuma, o cervo, rápido como uma flecha, já o tinha ultrapassado com apenas um salto, perdendo-se pelo matagal de uma vereda que conduzia à fonte.

—Alto! Alto lá todo mundo! —gritou Íñigo, então. Era vontade de Deus que ele escapasse.

Deteve-se, então a cavalgada. As trombetas emudeceram e os lebréus interromperam fungando a carreira ao grito dos caçadores.

Naquele instante reunia-se à comitiva o herói da festa, Fernando de Argensola, o primogênito da casa de Almenar.

—O que você está fazendo? —exclamou, dirigindo-se ao mateiro, ao mesmo tempo em que se delineava em suas feições o assombro e ardía a cólera em seus olhos—. O que você está fazendo, imbecil? Não está vendo que a peça está ferida, que é a primeira que cai por minhas mãos. E você abandona seu rasto deixando-a perder-se para ir morrer no fundo do bosque? Por acaso você pensa que eu vim matar cervos para que sirvam de festim para os lobos?

—Señor —murmuro Íñigo entre dientes—, es imposible pasar de este punto.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque esa trocha —prosiguió el montero— conduce a la fuente de los Álamos: la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes. ¿Cómo las salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

—¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánima en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí: las piernas le faltan, su carrera se acorta; déjame..., déjame; suelta esa brida o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus, *Relámpago!*; ¡sus caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joya en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán. Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecían inmóviles y consternados.

El montero exclamo al fin:

—Señores, vosotros lo habéis visto: me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerlo. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Basta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí en adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

—Senhor, —murmurou Íñigo entre os dentes—, é impossível passar deste ponto.

—Impossível por quê?

—Por que esta vereda —prosseguiu o mateiro— vai dar na fonte dos Álamos. Na fonte dos Álamos, em cujas águas habita um espírito do mal. Quem ousa sujar sua água paga caro por seu atrevimento. Esta hora o animal já deve ter cruzado suas margens. Como o senhor vai atravessá-la sem atrair sobre sua cabeça alguma horrível calamidade? Nós, os caçadores somos os reis do Moncayo, mas como reis pagamos um tributo. O animal que se refugia nessa misteriosa fonte é um animal perdido para nós.

—Animal perdido! Prefiro antes perder o senhorio de meus pais. Prefiro antes perder a minha alma nas mãos de Satanás a permitir que escape esse cervo, o único que foi ferido por minha lança, o primeiro de minhas excursões como caçador... Você está vendo? Está vendo? Pode-se vê-lo ainda, desde aqui, nos intervalos: as pernas estão fracas, sua carreira diminui. Deixe-me... Deixe-me. Solte as rédeas de meu cavalo ou eu o jogo na poeira do chão... Quem sabe se não lhe darei oportunidade para que chegue à fonte? E se chegar, que vá para o diabo, ela, sua limpidez e seus habitantes. Eia, *Relâmpago!* Eia, meu cavalo! Se você alcançar o animal, mando encravar os diamantes de minhas jóias em sua serrilha de ouro.

Cavalo e cavaleiro partiram como um furacão. Íñigo acompanhou-os com a vista até que desapareceram no matagal. Depois voltou os olhos para seu arredor. Como ele, todos permaneciam imóveis e consternados.

O mateiro exclamou por fim:

—Senhores, vocês o viram. Na tentativa de detê-lo, me expus a morrer entre as patas de seu cavalo. Cumpri com meu dever. Contra o diabo de nada serve a valentia. Até aqui chega o mateiro com sua ballesta; daqui para frente que siga o capelão com seu hissope.

## II

—Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío. ¿Qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos. Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Sólo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros a la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo, en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que solo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalar sobre la pulimentada madera, el joven exclamó, dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

—Íñigo, tú que eres viejo, tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras, y en tus errantes excursiones de cazador subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado, por acaso, una mujer que vive entre sus rocas?

—¡Una mujer! —exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

—Sí —dijo el joven—; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar este secreto eternamente, pero no es ya posible, rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tu me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura que, al parecer, sólo para

## II

—O senhor está sem cor: anda murcho e sombrio. O que está acontecendo? Desde aquele dia, que eu sempre terei por funesto, que o senhor chegou até a fonte dos Álamos atrás daquele cervo ferido, poderia dizer-se que uma bruxa maligna o encantou com seus feitiços. O senhor já não sai para o monte atrás da ruidosa matilha nem o clamor de suas trombetas produz os seus ecos. Solitário com essas cavilações que o perseguem, todas as manhãs o senhor toma sua ballesta para desaparecer nas espessuras do bosque e ali permanecer até que o sol se ponha. E quando a noite cai e o senhor volta pálido e fatigado ao castelo, procuro em vão em sua bandoleira o resultado da caçada. Com quê o senhor se ocupa ficando tantas horas longe daqueles que tanto o amam?

Enquanto Íñigo falava, Fernando, absorto em suas idéias, arrancava lascas de modo maquinal de seu banco de ébano com a faca de caça.

Após um longo silêncio, apenas interrompido pelo ruído da lâmina ao resvalar na madeira polida, o jovem exclamou, dirigindo-se a seu fiel servidor, como se não tivesse escutado uma palavra sequer daquilo que ele havia dito:

—Íñigo, você que já é velho, você que conhece os recantos mais escondidos do Moncayo, você que viveu nos sopés desse monte perseguindo as feras, e em suas errantes excursões de cazador subiu mais de uma vez ao seu cume, diga-me uma coisa: Você encontrou alguma vez, por acaso, uma mulher que vive entre seus rochedos?

—Uma mulher! —exclamou o mateiro com assombro, mirando-o de modo fixo.

—Isso mesmo! —respondeu o jovem—. É uma coisa esquisita o que está acontecendo comigo, muito esquisita... Eu pensei que podia guardar este segredo eternamente, mas não é mais possível, pois isso transborda de meu coração e chega a meu semblante. Eu vou então contar para você... Você haverá de ajudar-me desvendar o mistério que

mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin despegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarse junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

—Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

“¿Tú no conoces aquel sitio? Mira: la fuente brota escondida en el seno de una pena, y cae, resbalándose gota a gota, por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risas; otras, con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescritible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa, para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde”.

“Todo allí es grande. La soledad, con sus mil rumores desconocidos, vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua, parece que nos hablan los invisibles espíritus de la naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

envolve essa criatura que, segundo parece, existe apenas para mim, pois ninguém a conhece, nem a viu jamais, nem pode me dar notícias dela.

O mateiro, sem despegar os lábios, arrastou sua banquetta até colocar-se junto ao assento de seu senhor, de quem não tirava os olhos perplexos. O jovem, depois de organizar as idéias, prosseguiu deste modo:

—Desde o dia em que, apesar de suas funestas previsões, eu cheguei à fonte dos Álamos e atravessando suas águas recuperei o cervo que sua superstição teria deixado escapar, encheu-se minha alma de um desejo de solidão.

“Você não conhece aquele lugar? Veja. A fonte brota escondida no seio de um penhasco e cai resvalando-se gota a gota por entre as folhas verdes e flutuantes das plantas que crescem ao borde de seu leite. Aquelas gotas, que ao se desprenderem brilham como pontos de ouro e soam como notas de um instrumento musical, reúnem-se entre as ervas, sussurrando e sussurrando, com um ruído semelhante ao das abelhas que zumbem ao redor das flores, afastam-se entre as areias e formam um caudal. Essas águas lutam com os obstáculos que atravessam seu caminho, dobram-se sobre si mesmas, saltam, fogem e correm, algumas vezes com risos outras vezes com suspiros, até cair em um lago. No lago caem com um rumor indescritível. Lamentos, palavras, nomes, cantos. Eu nem sei o que ouvi naquele ruído quando me sentei, sozinho e febril sobre o penhasco a cujos pés despencam as águas da misteriosa fonte, para estancar-se num poço profundo, cuja superfície imóvel apenas se movimenta levemente com o vento da tarde”.

“Tudo ali é imenso. A solidão, com seus mil rumores misteriosos, mora naquele lugar e embriaga o espírito com sua inefável melancolia. Através das folhas prateadas dos álamos, nos buracos das pedras, nas ondas da água, parece que nos falam os invisíveis espíritos da natureza, que reconhecem como irmão o imortal espírito do homem”.

“Cuando al despuntar la mañana me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no fue nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día que salté sobre ella con mi *Relámpago*, creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña: los ojos de una mujer.

“Tal vez sería un rayo del sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno y cuyos cálices parecen esmeraldas...; no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía, una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable; el de encontrar una persona con unos ojos como aquéllos. En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

“Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas una pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran los ojos que yo tenía clavados en la mente, unos ojos de un color imposible, unos ojos...

—¡Verdes! —exclamo Íñigo con un acento de profundo terror e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miro a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y alegría:

—¿La conoces?

—¡Oh, no! —dijo el montero—. ¡Libreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trasgo, demonio o mujer que habita en sus aguas tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro por lo que más améis en la tierra a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza y expiaréis, muriendo, el delito de haber encenegado sus ondas.

“Quando ao despontar do dia você me via tomar a balesta e dirigir-me ao monte, nunca foi para perder-me em seus matagais atrás de alguma caça. Não. Eu ia sentar-me à beira da fonte para procurar em suas ondas... não sei o quê. Uma loucura! O dia em que saltei sobre ela com meu *Relâmpago* pensei ter visto brilhar em suas profundezas uma coisa estranha, muito estranha: os olhos de uma mulher”.

“Talvez fosse um raio de luz que serpenteou fugitivo entre suas espumas. Talvez uma dessas flores que flutuam entre as algas de seu seio e cujos cálices se parecem a esmeraldas... Não sei. Pensei ter visto uma mirada que penetrou em meus olhos; uma mirada que acendeu em meu peito um desejo absurdo e impossível: o de encontrar uma pessoa com uns olhos como aqueles. Em sua busca tenho ido dia após dia àquele lugar”.

“Por último, uma tarde, senti-me como numa brincadeira de um sonho. Mas não! É verdade, já falei com ela muitas vezes, como estou falando com você agora. Uma tarde encontrei-a sentada no meu lugar. Estava vestida com umas roupas que chegavam até as águas e flutuavam sobre sua superfície. Uma mulher bonita acima de qualquer dúvida. Seus cabelos eram como o ouro; suas pestanas brilhavam como fios de luz e entre elas, moviam-se inquietas umas pupilas que eu já havia visto. Isso mesmo, porque os olhos daquela mulher eram os olhos que eu tinha cravados em minha mente, uns olhos de uma cor impossível, uns olhos...”

—Verdes!!! —exclamou Íñigo com um tom de profundo terror na voz e ajeitando-se num salto em seu assento.

Fernando mirou-o, por sua vez, assombrado por que ele concluíra o que ia dizer e perguntou-lhe com uma mescla de ansiedade e alegria:

—Você a conhece?

—Ah, não! —disse o mateiro— Deus me livre de conhecê-la. Mas meus pais, ao me proibirem de me aproximar daqueles lugares, contaram mil vezes que o espírito, fantasma, demônio ou mulher que habita suas águas tem os olhos dessa cor. Eu conjuro o senhor pelo que mais ama neste mundo a não voltar a por os pés naquela fonte dos Álamos. Mais dia menos dia o senhor será alcançado por sua vingança e expiará, com a morte, o delito de haver enturvado suas ondas.



—¡Por lo que más amo! —murmuró el joven con una triste sonrisa.

—Sí —prosiguió el anciano—; por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor, que os ha visto nacer.

—¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida y todo el cariño que pueden atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Mira como podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

—¡Cúmplase la voluntad del cielo!

### III

—¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro, uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre

—Pelo que mais amo!? —murmurou o jovem com um triste sorriso.

—Isso mesmo —prossegiu o ancião—; por seus pais; por seus entes queridos; pelas lágrimas daquela que o céu destina para sua esposa; pelas deste servo fiel que o viu nascer.

—Você sabe o que eu mais amo neste mundo? Você tem idéia de pelo quê eu trocaria o amor de meu pai, os beijos de quem me deu a vida e todo o carinho que podem guardar todas as mulheres do mundo? Por uma mirada, por uma única mirada daqueles olhos... Veja você como eu não poderei deixar de procurá-los!

Fernando pronunciou estas palavras com tal força, que a lágrima que tremia nas pálpebras de Íñigo correu silenciosamente por sua face, enquanto ele exclamava com tonalidade sombria:

—Que seja feita a vontade dos céus!!!

### III

—Quem é você? Qual é a sua pátria. Onde você mora. Eu venho aqui dia após dia a sua procura; nem vejo o corcel que a traz para este lugar; nem os serviçais que conduzem sua liteira. Rompa, de uma vez por todas o misterioso véu em que se envolve como em uma noite profunda. Eu amo você. E, seja nobre ou pobre, serei seu, seu para sempre...

O sol tinha ultrapassado o pico do monte; as sombras desciam em grandes passadas por seus sopés; a brisa gemia entre os álamos da fonte; e a névoa, elevando-se pouco a pouco da superfície do lago, começava a envolver os rochedos de suas margens.

Sobre um desses rochedos, um que parecia que ia despencar no fundo das águas, em cuja superfície estava refletido; tremendo, o primogênito de Almenar, de joelhos aos pés de sua misteriosa amante, procurava em vão arrancar-lhe o segredo de sua existência.

Ela era formosa, formosa e pálida como uma estatua de alabastro. Um de seus cachos caía sobre seus ombros, deslizando-se

los pliegues del velo como un rayo de sol, que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

—¡No me respondes! —exclamó Fernando al ver burlada su esperanza—. ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh, no!... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

—O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corno por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamo en un arrebató de amor:

—Si lo fueses..., te amaría..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

—Fernando —dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música—, yo te amo más aún que tú me amas; yo, que descendo hasta un mortal siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas, incorpórea como ellas, fugaz y transparente: hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como un mortal superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuerza desconocida,

entre as dobraduras do véu, como um raio de sol que atravessa as nuvens. E na moldura de suas pestanas douradas brilhavam suas pupilas como duas esmeraldas encravadas em uma jóia de ouro.

Quando o jovem acabou de lhe falar, seus lábios moveram-se como para pronunciar algumas palavras mas apenas exalaram um suspiro, um suspiro frágil, fraco e triste como o da leve onda que a brisa empurra para morrer entre os juncos.

—Você não me responde! —exclamou Fernando ao ver frustrar-se sua esperança. —Você quer que eu dê crédito ao que disseram de você? Oh, não! Fale comigo! Quero saber se você me ama. Quero saber se posso amá-la, se você é realmente uma mulher...

—Ou um demônio... E se o fosse?

O jovem vacilou um instante. Um suor frio escorreu pelos seus membros. Suas pupilas se dilataram ao fixá-las com mais intensidade nas pupilas daquela mulher. Então, fascinado por seu brilho fosfórico, quase demente, exclamou num arrebató de amor:

—Se o fosse..., eu a amaria... Eu amaria você como a amo agora; como é o meu destino amá-la, além desta vida, se é que há algo além dela.

—Fernando —disse então a formosa mulher com uma voz semelhante a uma suave canção— eu amo você muito mais que você a mim. Eu, que desço até um mortal sendo um espírito puro. Não sou uma mulher como as que existem na terra. Sou uma mulher digna de você que é superior aos demais homens. Eu vivo no fundo destas águas, sou incorpórea como essas águas. Fugaz e transparente. Falo com seus rumores e me movo com suas ondulações. Eu não castigo àquele que turva a fonte onde moro. Em vez disso eu o premio com meu amor, como um mortal superior às superstições do populacho, como a um amante capaz de compreender meu carinho estranho e misterioso.

Enquanto ela assim falava, o jovem, absorto na contemplação de sua fantástica formosura, atraído como por uma força desconhecida,

se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

—¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago? ¿Ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales..., y yo..., yo te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras fuentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche comenzaba a extender sus sombras; la luna reía en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... “Ven, ven...” Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. “Ven...”, y la mujer misteriosa lo llamaba al borde del abismo donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella..., otro, y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y cayó al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose, hasta expirar en las orillas.



aproximava-se mais e mais da beira do abismo. A mulher de olhos verdes prosseguia com estas palavras:

—Você está vendo? Você vê o fundo límpido do lago? Você está vendo essas plantas longas e folhas verdes que se agitam em suas profundezas? Elas nos darão um leito de esmeraldas e corais... E eu..., eu darei a você uma felicidade inominável. Essa felicidade com a qual você tem sonhado em suas horas de delírio e que ninguém poderá oferecer... Venha. A névoa do lago flutua sobre nossas fontes como um pavilhão de linho... As ondas nos chamam com suas vozes incomprensíveis. O vento dá início entre os álamos a seus hinos de amor. Venha! Venha!

A noite começava a estender suas sombras; a lua brilhava tremulante na superfície do lago; a névoa rodopiava ao soprar do vento; e os olhos verdes brilhavam na obscuridade como o fogo-fátuo que corre sobre a superfície das águas pútridas... “Venha! Venha!” Estas palavras zumbam nos ouvidos de Fernando como um conjuro. “Venha!” A mulher misteriosa chamava-o ao borde do abismo onde estava suspensa e parecia oferecer-lhe um beijo... Um beijo...

E Fernando deu um passo na direção dela... Outro mais. E sentiu uns braços delgados e flexíveis que se enrolavam em seu pescoço e uma sensação fria em seus lábios ardorosos. Um beijo de neve... E vacilou, perdeu pé e caiu na água com um ruído surdo e lúgubre.

As águas saltaram em chispas de luz e se fecharam sobre seu corpo. Seus círculos de prata foram se abrindo, se abrindo, até fenecer junto às margens.

